

CAPÍTULO XIII

EL USURERO DE LOS CAMPOS

Estratégicamente, Rigou era en Blangy lo que es en la guerra un centinela avanzado. Vigilaba los Aigues, y bien. Nunca tendrá la policía espías comparables á los que se ponen al servicio del odio.

Al llegar el general á los Aigues, Rigou formó, sin duda, sobre él algún proyectó que echó por tierra el casamiento de Montcornet con una Troisville; pues en un principio parecía que protegía á este gran propietario. Sus intenciones fueron entonces tan patentes, que Gaubertin juzgó necesario hacerle parte, iniciándole en la conspiración urdida contra los Aigues. Antes de aceptar esta parte y un papel, Rigou quiso ver si podría captarse las simpatías del general.

Cuando la condesa vino á instalarse en los Aigues, un día, una calesita de mimbre, pintada de verde, entró en el patio. El señor alcalde, acompañado de la alcaldesa, bajó de ella y se encaminó á la escalinata exterior. Rigou vió á la condesa en una de las ventanas. Muy adicta al obispo, á la religión y al abate Brossette, que se había apresurado á darle á conocer su enemigo, la condesa ordenó á Francisco que le dijese que la *señora había salido*.

Esta impertinencia, digna de una mujer nacida en Rusia, hizo ponerse livido al beneditino. Si la condesa hubiese tenido la curiosidad de ver al hombre de quien el cura decía: «Es un condenado que para refrescarse se sumerge en la iniquidad como en un baño», acaso hubiese evitado entre el alcalde y el castillo el odio frío y meditado que sentían los liberales por los realistas, aumentado por los agitadores del vecindario del campo, que no olvidan nunca las heridas de su amor propio.

Algunos detalles que vamos á dar sobre este hombre y sobre sus costumbres, al mismo tiempo que explicarán su participación en el complot llamado el *gran negocio* por sus tres asociados, ofrecerá la ventaja de pintar un tipo excesivamente curioso: el avaro de la vida campestre propia de

Francia, y que ningún pincel ha pintado. Por otra parte, de este hombre nada es indiferente, ni su casa, ni su manera de soplar el fuego, ni su modo de comer. Sus costumbres, sus opiniones: todo servirá poderosamente para esclarecer poderosamente la historia de este valle. Finalmente, este renegado explica la utilidad de la democracia, pues es á la vez su teoría y su práctica, su alfa y su omega, el *summum*.

¿Recordáis por ventura algunos de los avaros pintados ya en obras anteriores? En primer lugar, el avaro de provincias, el padre Grandet de Saumur, que es tan avaro como el tigre cruel; después Gobseck el banquero, el jesuíta de oro, el que no saborea más que el poder y cata las lágrimas de la desdicha; después el barón de Nucingen, elevando los fraudes del dinero á la altura de la política. Finalmente, sin duda os acordaréis de aquel retrato de la parsimonia doméstica, el viejo Hochon de Issoudun, y de aquel otro avaro por espíritu de familia, el pequeño Baudraye de Sancerre. Pues bien, los sentimientos humanos, sobre todo la avaricia, tienen matices tan diversos en los diferentes medios de nuestra sociedad, que quedaba aún un avaro en el anfiteatro de los estudios de costumbres. ¿Quedaba Rigou! el avaro egoísta, es decir, lleno de ternura por sus goces, y seco y frío para el prójimo, el avaro eclesiástico, el monje que se había hecho monje para exprimir el jugo del limón llamado el bien vivir, y que se hizo seglar para pillar el dinero público. Expliquemos ante todo la dicha continua que experimentaba en su casa.

Blangy, es decir, las sesenta casas citadas por Blondet, en su carta á Nathan, está situado sobre una joroba del terreno, á la izquierda del Thune. Como todas las casas tienen jardín, esta aldea tiene un aspecto encantador. Algunas viviendas tienen su asiento á lo largo del río. En la cima de este vasto terrón se encuentra la iglesia, acompañada en otro tiempo de su presbiterio, y cuyo cementerio está, como en muchas aldeas, detrás del templo.

El sacrilego Rigou no había dejado de comprar este presbiterio, construído en otro tiempo por la buena católica señorita Choin, en un terreno comprado expresamente. Una magnífica huerta, desde la cual se veían las tierras de Blangy, de Soulanges y de Cerneux, situadas entre los dos parques señoriales, separaba este antiguo presbiterio de la

iglesia. En la parte opuesta se extendía una pradera, adquirida por el último cura, poco tiempo antes de su muerte, y rodeada de muros por el desconfiado Rigou.

Como el alcalde se hubiese negado á dar á aquella casa su primitivo destino, el ayuntamiento se vió obligado á comprar la de un aldeano situada cerca de la iglesia; fué preciso gastar cinco mil francos para agrandarla, restaurarla y añadirle un jardinito, cuya pared comunicaba con la sacristía; de modo que se restableció, como en otro tiempo, la comunicación entre la casa del cura y la iglesia.

Estas dos casas, construídas en alineación con la iglesia, á la cual parecían pertenecer sus jardines, daban á un espacio de terreno plantado de árboles, y esto formaba tanto mejor la plaza de Blangy, por cuanto que enfrente del nuevo presbiterio, el conde hizo construir una casa ayuntamiento destinada á encerrar en sí la alcaldía, aquella escuela de hermanos de la Doctrina cristiana, tan vanamente solicitada por el abate Brossette, y la vivienda del guarda campestre. Así es que las casas del antiguo benedictino y del joven sacerdote se divisaban mutuamente. Por otra parte, la aldea entera espiaba al abate Brossette. La gran carretera que empieza en el Thune, se unió tortuosamente á la iglesia. Viñedos, huertas y un bosquecito, coronaban la cima de Blangy.

La casa de Rigou, que era la más hermosa de la aldea, estaba construída con gruesos peñascos de Borgoña, unidos entre sí con argamasa amarilla, la cual formaba unos cuadros que tenían por los lados listas de anchura igual á la paleta del albañil, y onduladas á causa de la forma esférica de los peñascos, negros generalmente. Anchas franjas de argamasa formaban cuadros que rodeaban á las ventanas, los cuales cuadros ostentaban finas y caprichosas grietas, causadas por el tiempo, y semejantes á las que acostumbra á verse en los cielos rasos viejos. Las contraventanas, toscamente hechas, estaban pintadas de verde. Algunos musgos brotaban en las pizarras del tejado. Este es el tipo de las casas de Borgoña; los viajeros ven millares semejantes á ésta atravesando esta parte de Francia.

Una puerta de dos hojas daba á un corredor, en cuya mitad se encontraba la caja de una escalera de madera. Á la derecha de este corredor, se veía la puerta de una gran sala que tenía tres ventanas que daban á la plaza. La cocina,

colocada debajo de la escalera, recibía la luz del corral, cuidadosamente empedrado y al que se entraba por una puerta cochera. Tal era el piso bajo.

El primer piso contenía tres cuartos, y encima la buhardilla que formaba un solo dormitorio.

Una leñera, una cochera y una cuadra estaban instaladas en un cobertizo contiguo á la cocina. Encima de estas ligeras construcciones, se habían hecho graneros, fruteros y un cuarto de criada.

Un patio, un establo y una pocilga estaban situados delante de la casa.

La huerta, que tenía próximamente una fanega de tierra y que estaba cercada, era una huerta de cura, es decir, llena de espaldares, árboles frutales, parras, paseos con arena y conchas, y platabandas para legumbres, abonadas con el estiércol que se sacaba de la cuadra.

Al otro lado de la casa, y cercada con árboles y setos, había una pradera bastante considerable para que dos vacas encontrasen pasto en ella en todo tiempo.

En el interior, la sala, con zócalo de madera, estaba tapizada con telas antiguas. Los muebles de nogal, ennegrecidos por el tiempo y cubiertos con fundas hechas con ganchillo, armonizaban con el piso, que era también de madera. En el techo se veían tres vigas pintadas, cuyos intermedios estaban cubiertos con cielo raso. La chimenea, de madera de nogal, provista de un gran espejo con marco muy grotesco, no ofrecía más adorno que dos candelabros de cobre montados sobre un pie de mármol.

Estos candelabros, adornados con cadenas, invención del reinado de Luis XV, empiezan á ser raros. En la pared opuesta á las ventanas pendía un reloj común, pero excelente. De unas barritas de hierro colgaban unas cortinas que tenían cincuenta años de servicios; su tela de algodón á cuadros color rosa y blanco alternativamente, parecidos á los de los colchones, provenía de las Indias. Una mesa de escritorio y una mesa de comer completaban este mobiliario, el cual, por otra parte, estaba siempre excesivamente limpio.

En el rincón de la chimenea se veía una poltrona, sitio especial de Rigou. En el ángulo, encima de la mesa que le servía de escritorio, se percibía, colgado de un clavo, un fuelle, origen de la fortuna de Rigou.

Por esta sucinta descripción, es fácil adivinar que los cuartos respectivos del señor y de la señora de Rigou debían estar reducidos estrictamente á lo necesario; pero se engañaría el que creyese que esta modestia había de excluir la buena naturaleza de las cosas. La mujercita más exigente se hubiese encontrado admirablemente cómoda en la cama de Rigou, compuesta de excelentes colchones, de sábanas de finísima tela, y de un colchón de pluma, comprado en otro tiempo por algún cura para su ama, y libre de corrientes, gracias á unas magníficas cortinas. Lo mismo que esto estaba lo demás, como vamos á ver.

En primer lugar, este avaro había reducido á su mujer, que no sabía leer, escribir, ni contar, á una obediencia absoluta. Después de haber sido ama del difunto, la pobre mujer acababa siendo criada de su marido, cocinando, haciendo la colada, ayudada apenas por una bonita joven llamada Anita, de diez y nueve años de edad, tan sumisa á Rigou como su ama, y que ganaba treinta francos al año.

Alta, seca y delgada, la señora Rigou, mujer de cara amarillenta, coloreada únicamente por las mejillas, con la cabeza envuelta en un pañuelo y llevando todo el año la misma falda, no salía de casa dos horas al mes, y alimentaba su actividad entregándose á todas las ocupaciones á que una criada trabajadora se entrega en una casa. El más hábil observador no hubiese encontrado huellas del magnífico talle, de la frescura á lo Rubens, de la espléndida gordura, de la magnífica dentadura, y de los ojos de virgen que en otro tiempo recomendaron á la joven á la atención del cura Niseron. El primero y único parto de su hija, la señora Soudry joven, había diezmando sus dientes, había hecho caer sus pestañas, enfermado sus ojos y había marchitado su tez. Parecía que el dedo de Dios se hubiese posado sobre la esposa del sacerdote. Como todas las mujeres ricas del campo, gozaba viendo sus armarios llenos de ropas de seda, de encajes, y de alhajas, que no le servían nunca más que para hacer cometer el pecado de envidia y para que deseasen su muerte las criadas jóvenes de Rigou. Era uno de esos seres medio mujer, medio bestia, nacida para vivir instintivamente. Como esta ex bella Arsenia era desinteresada, la herencia del difunto cura Niseron sería inexplicable sin el curioso acontecimiento que dió lugar á ella, y que es

preciso relatar para instrucción de la inmensa tribu de los herederos.

La señora Niseron, mujer del viejo sacristán, colmaba de atenciones al tío de su marido; pues la inminente herencia de un anciano de setenta y dos años, estimada en cuarenta y tantos mil francos, tenía que poner á la familia del único heredero en una posición desahogada y esperada con bastante impaciencia por la difunta señora Niseron, la cual, además de su hijo, tenía una encantadora hija, graciosa, inocente, una de esas criaturas que sin duda enamoran tanto, porque están llamadas á desaparecer, pues ésta murió á los catorce años, de clorosis. Fuego fatuo del presbiterio, esta niña iba á casa de su tío el cura como á la suya, pasaba allí el bueno y el mal tiempo y amaba á la señorita Arsenia, la bonita criada que su tío pudo tomar en 1789, gracias á la licencia introducida en la disciplina por las primeras tormentas revolucionarias. Arsenia, sobrina de la antigua ama del cura, fué llamada para sustituirla, pues, sintiendo próxima su muerte, la anciana Pichard quería trasladar, sin duda, sus derechos á la hermosa Arsenia.

En 1791, en el momento en que el cura Niseron ofrecía un asilo á fray Rigou y al hermano Juan, la pequeña Niseron se permitió una travesura muy inocente. Jugando con Arsenia y con otras niñas á ese juego que consiste en esconder un objeto cada uno una vez para que los otros lo busquen, y que hace decir: «Caliente ó frío», según que los que lo busquen se alejen ó se aproximen á él, la pequeña Genoveva tuvo la idea de meter el fuelle en la cama de Arsenia. El fuelle no pudo ser encontrado, el juego cesó, y Genoveva, llamada por su madre, se olvidó de colgar el fuelle en el clavo. Arsenia y su tía buscaron el fuelle durante una semana, y después, como podían pasar sin él, cesaron de buscarlo; el anciano cura soplaba el fuego con una cerbatana hecha en tiempo en que las cerbatanas estaban de moda, y que sin duda provenía de algún cortesano de Enrique III. En fin, una noche, un mes antes de su muerte, el amo, después de una comida á la que habían asistido el abate Mouchon, la familia Niseron y el cura de Soulanges, empezó á hacer las lamentaciones de Jeremías con motivo del fuelle, cuya desaparición no podía explicarse.

—Pero si hace quince días que está en la cama de Arsenia! dijo la pequeña Niseron soltando una carcajada; si esta

perezosa hubiese hecho, como debía, su cama, lo hubiese encontrado.

En 1791, la cosa era para producir una carcajada; pero á esta carcajada siguió el más profundo silencio.

—No hay nada de risible en eso, dijo el ama; desde que estoy enferma Arsenia me vela.

A pesar de esta explicación, el cura Niseron dirigió á los esposos Niseron la fulminante mirada de un sacerdote que cree en un complot. El ama murió. Fray Rigou supo explotar tan bien el odio del cura, que el abate Niseron desheredó á Juan Francisco Niseron en provecho de Arsenia Pichard.

En 1823, Rigou, en agradecimiento, se servía siempre de la cerbatana para avivar el fuego, y dejaba el fuelle en el clavo.

La señora Niseron, loca de dolor por su hija, no la sobrevivió. La madre y la hija murieron en 1794. Muerto el cura, el ciudadano Rigou se ocupó por sí mismo de los negocios de Arsenia, haciéndola su mujer.

El antiguo lego de la abadía, adicto á Rigou como un perro á su amo, pasó á ser á la vez el palafrenero, el jardinero, el guardián de las vacas, el ayuda de cámara y el administrador de este sensual Harpagón (1).

Arsenia Rigou, casada sin dote el 1821 con el procurador del rey, recordaba algo la común belleza de su madre, y poseía el carácter cazarro de su padre.

Rigou, que contaba á la sazón sesenta y siete años, no había sufrido ni una sola enfermedad en treinta años, ni sentía síntomas que hiciesen esperar alteraciones en aquella salud verdaderamente insolente. Alto, seco, muy ojoso, con los párpados y cara negros, cuando dejaba ver por la mañana su cuello arrugado, rojo y lleno de granos, lo hubieseis comparado tanto mejor á un condor, por cuanto que á más de su nariz larga y puntiaguda, contribuía á esta semejanza su coloración sanguinolenta. Su cabeza, casi calva, hubiese asombrado á los inteligentes en esta materia por su anguloso occipucio, indicio de una voluntad despótica. Sus ojos grises, velados casi por sus párpados formados por

(1) Harpagón es el personaje principal de la comedia de Moliere titulada el *Avaro*, cuyo nombre se ha hecho proverbial para designar á un usurero, á un ladrón consumado. Harpagón perfeccionó de tal modo la ciencia de la economía doméstica, que no da, sino que presta los buenos días.—(N. del T.)

arrugadas membranas, estaban predestinados á reflejar la hipocresía. Dos mechones de cabellos de color indefinible y tan poco poblados que apenas ocultaban la piel, flotaban por encima de sus orejas grandes, anchas y sin dobladillo, circunstancia que revela la crueldad, pero en el orden moral solamente, cuando no anuncia la locura. La boca grande y provista de delgados labios, anunciaba á un comedor intrépido y á un bebedor determinado, por lo caído de sus extremos, en donde se dibujaban dos especies de comas, por donde se escapaban las grasas ó la saliva cuando comía ó hablaba. Heliogábalo debía parecersele mucho.

Su traje invariable consistía en una larga levita azul con cuello de militar, una corbata negra y un pantalón y un chaleco de paño del mismo color. Sus zapatos, con fuertes suelas, estaban provistos de clavos exteriormente, y por el interior de un escarpin de lana hecho por su mujer durante las largas veladas del invierno. Anita y su ama hacían también las medias del señor.

Rigou se llamaba Gregorio. De modo que sus amigos no renunciaban á los diversos equívocos á que daba lugar la G inicial del nombre, á pesar del uso immoderado que de ellos se hacía desde hacía treinta años. Le saludaban siempre con estas frases: *«J'ai Rigou.—Je Ris, goutte.—Ris, goutte.—Rigoulard, etc... Pero sobre todo Grigou (G. Rigou).*

Aunque este boceto pinta el carácter, nadie se imaginaria nunca hasta dónde había llevado la ciencia del egoísmo, la del bien vivir y la de la voluptuosidad bajo todas sus formas, el antiguo benedictino, sin oposición y en la soledad. En primer lugar, comía solo, servido por su mujer y por Anita, que comían después que él, con Juan, en la cocina, mientras que él digería la comida y fermentaba el vino leyendo *las noticias*.

En el campo no se conoce el nombre propio de los periódicos, y se llaman todos *noticias*.

La comida, lo mismo que el almuerzo y la cena, compuesta siempre de cosas exquisitas, era cocinada con aquella ciencia que distingue á las amas de cura entre todas las cocineras. La señora Rigou hacía manteca dos veces por semana. La crema era elemento indispensable de todas las salsas. Las legumbres pasaban inmediatamente de la tierra á la cacerola. Los parisienses, acostumbrados á comer ver-

dura y legumbres que sufren una segunda vejetación expuestas al sol, á la infección de las calles, á la fermentación de las tiendas y regadas por las verduleras, que les dan de este modo apariencia de fresca, ignoran los exquisitos sabores que contienen estos productos, á los que la naturaleza ha confiado virtudes fugitivas, pero poderosas, cuando se comen frescos.

El carnicero de Soulanges le llevaba su mejor carne, bajo pena de perder la parroquia del temible Rigou. Las aves, criadas en casa, tenían que ser excesivamente finas.

Estos lisonjeros cuidados se prodigaban á todas las cosas destinadas á Rigou. Si las zapatillas de este sabio telemista (1) eran de toSCO cuero, estaban en cambio forradas con una hermosa piel de cordero. Si llevaba una levita de grueso paño, era porque no tocaba su cutis, pues la camisa, lavada y planchada en casa, había sido hilada por los dedos de Frisa (2). Su mujer, Anita y Juan bebían vino del país, el vino que Rigou se reservaba de sus viñas; pero en su bodega particular, llena como una bodega de Bélgica, los vinos más finos de Borgoña estaban al lado de los de Burdeos, de Champagne, de Rosellón, de Rhone y de España, comprados diez años antes y embotellados por el hermano Juan. Los licores que provenían de las islas, procedían de la señora Auxphom; el usurero había hecho una provisión de ellos para el resto de sus días, cuando se llevó á cabo la venta de los efectos de un palacio de Borgoña. Rigou comía y bebía como Luis XIV, uno de los consumidores más grandes que se han conocido, lo cual daba por resultado el que hiciese una vida más que voluptuosa. Discreto y hábil en su prodigalidad secreta, regateaba las ventas que hacía como saben hacerlo las gentes de iglesia. En lugar de tomar infinitas precauciones para no ser engañado en las adquisiciones que hacía, el astuto monje guardaba una muestra y pedía precios; pero cuando su vino y sus provisiones tenían que ser transportadas, advertía á los comerciantes que se negaría á recibir las si sufrían el más insignificante deterioro ó vicio.

(1) La abadía de Theleme es una de las más originales creaciones de Rabalais. Esta palabra Theleme, ha pasado á formar parte del idioma francés para designar un lugar en que todo es abundancia, principalmente desde el punto de vista de los goces materiales.—(N. del T.)

(2) País de Holanda.

Juan, director del frutero, era reputado de saber conservar los productos de los mejores frutales conocidos en el distrito. Rigou comía por Pascua peras, manzanas y algunas veces uvas.

Jamás profeta alguno fué más ciegamente obedecido que lo era Rigou en su casa y hasta en los menores caprichos. El movimiento de sus grandes cejas negras producía mortales inquietudes á su mujer, á Anita y á Juan. Sujetaba á sus tres esclavos con la multiplicidad minuciosa de sus deberes, cual si fuese con una cadena. A cada momento, aquella pobre gente se encontraba con un nuevo trabajo, con un nuevo cuidado; pero habían acabado por encontrar una especie de placer en el cumplimiento de aquellos constantes trabajos, pues de aquel modo no se aburrían. Los tres tenían el bienestar de aquel hombre como principal y único texto de sus preocupaciones.

Desde 1795, Anita era la décima criada bonita que había tenido Rigou, el cual decía que pensaba seguir haciendo aquellos relevos de criadas hasta que se muriese. Habiendo entrado Anita á los diez y seis años, á los diez y nueve tenía que ser despedida. Todas estas muchachas, escogidas con minucioso cuidado en Auxerre, en Clamecy y en el Morvan, habían entrado atraídas por la promesa de una buena suerte; pero la señora Rigou se empeñaba en vivir. Y siempre ocurría que, al cabo de los tres años, una disputa motivada por la insolencia de la criada con la pobre dueña, le obligaba á despedirlas.

Anita, verdadera obra maestra de belleza, ingeniosa, picante, merecía una corona de duquesa. No carecía de talento; Rigou no sabía nada de su inteligencia con Juan Luis Tonsard, lo cual probaba que se dejaba engañar por esta bonita muchacha, la única que tuvo la ocurrencia de emplear la adulación como medio de cegar á aquel lince.

Este Luis XV sin trono no gozaba únicamente de la hermosa Anita. Opressor hipotecario de las tierras compradas por los aldeanos que no contaban con el dinero suficiente para llevar á cabo la compra, tenía en el valle su serrallo, desde Soulanges hasta cinco leguas más allá de Conches, hacia Brie, sin que le costase nada más que algún aplazamiento de cobro el obtener aquellos fugitivos tesoros que devoran la fortuna de tantos ancianos.

Esta exquisita vida, esta vida comparable á la de Bouret,

no le costaba casi nada. Gracias á sus negros blancos, Rigou hacía que le cortasen la leña, que se la hacinasen y que se la trajesen á casa juntamente con sus trigos y sus henos. Para el aldeano, el trabajo manual no vale nada, sobre todo con la perspectiva de un aplazamiento para el pago de intereses. De modo que Rigou, á más de pedirles algunas primas por retrasos de algunos meses, molestaba á sus deudores exigiendo de ellos servicios manuales, verdaderas cargas, á que ellos se prestaban, creyendo que no daban nada porque no sacaban nada del bolsillo. De este modo muchas veces pagaban á Rigou más de lo que importaba la deuda.

Profundo como un monje, silencioso como un benedictino entregado á trabajos históricos, astuto como un cura, disimulado como todo avaro, manteniéndose siempre dentro de los límites del derecho, este hombre hubiese sido un Tiberio en Roma, un Richelieu bajo Luis XIII, Fouché, si hubiese ambicionado ir á la Convención; pero tuvo la sabiduría de ser un Lúculo sin fasto, un voluptuoso avaro. Para ocupar su mente, gozaba de un odio increíble. Atormentaba al general conde de Montcornet. Manejaba á los aldeanos por medio de los ocultos hilos cuyo manejo le divertía como una partida de ajedrez en que los peones viviesen, los caballos saltasen, los alfiles como Fourchon hablasen, las torres brillasen al sol y la reina diese maliciosamente un jaque al rey. Todos los días al levantarse, este hombre veía desde sus ventanas las orgullosas cimas de los Aigues, las chimeneas de los pabellones, las soberbias puertas, y se decía: «¡Todo eso caerá, yo secaré esos arroyos, yo destruiré esas espesuras!» En una palabra, tenía su víctima grande y su víctima pequeña. Si meditaba la ruina del castillo, el renegado se proponía matar al abate Brossette á alfilerazos.

Para acabar de pintar á este ex religioso, bastará decir que iba á misa sintiendo que su mujer viviese, y manifestaba deseos de reconciliarse con la Iglesia tan pronto como se quedase viudo. Saludaba con deferencia al abate Brossette cuando le encontraba y le hablaba con amabilidad sin mostrar nunca orgullo. En general, toda la gente de iglesia, ó que ha salido de ella, tiene una paciencia de insecto; la deben á la obligación de guardar el decoro. Esta educación falta desde hace veinte años á la inmensa mayoría de los franceses, aun á aquellos que se creen bien educados. Todos los

conventuales, á los que la Revolución obligó á salir de sus monasterios y que se han dedicado á otro negocio, han mostrado, por su frialdad y por su reserva, la superioridad que da la disciplina eclesiástica á todos los hijos de la Iglesia, aun á aquellos que desertan de ella.

Instruido desde 1792, con motivo del testamento, Gaubertin había sabido sondar la astucia que contenía el acibarado rostro de este hábil hipócrita; de manera que desde el momento en que comulgaba con el buey de oro, vió en él un colega. Desde la fundación de la casa Lecrereq, dijo á Rigou que pusiese allí cincuenta mil francos garantizándose. Rigou pasó á ser un comanditario tanto más importante, por cuanto que dejaba que los intereses se fuesen acumulando al capital. En este momento el capital de Rigou en esta casa ascendía á cien mil francos, á pesar de haber tomado en 1816 una suma de unos ciento ochenta mil francos para colocarlos en otro negocio que le daba diez y siete mil francos de renta. Lupin sabía que Rigou tenía ciento cincuenta mil francos dados con hipotecas de grandes bienes y en pequeñas sumas. Ostensiblemente, Rigou poseía tierras que le daban de renta unos catorce mil francos. Se veía, pues, que Rigou tenía cuarenta mil francos de renta. Pero, respecto á su tesoro, era una X que ninguna regla de proporción podía despejar, y lo mismo ocurría con los negocios que tenía con Langlumé, que no eran conocidos ni del diablo.

Este terrible usurero, que contaba vivir aún veinte años, había inventado reglas fijas para operar. No prestaba nada á un aldeano que no comprase lo menos tres hectáreas y que no pagase la mitad del precio al contado. Bien se echa de ver que Rigou conocía perfectamente el vicio de la ley sobre las expropiaciones aplicadas á las parcelas y el peligro que hace correr al Tesoro y á la propiedad la excesiva división de bienes. Perseguid, pues, á un aldeano que se apodera de un surco cuando no tiene más que uno. El golpe de vista del interés privado siempre se anticipará veinticinco años al de una asamblea de legisladores. ¡Qué lección para un país! La ley emanará siempre de un gran cerebro, de un hombre de genio, y no de novecientas inteligencias que, por grandes que sean, gastarán sus energías en la discusión. La ley de Rigou no contiene, en efecto, el principio de la que hay que dictar para evitar el

contrasentido que presenta la propiedad reducida á mitades, á tercios, á cuartos, á décimos de centiárea, como en el ayuntamiento de Argenteuil, en donde se cuentan treinta mil parcelas?

Tales operaciones necesitaban un extenso compadrazgo como el que pesaba sobre este distrito. Por otra parte, como Rigou hacía hacer á Lupin la tercera parte de las actas que se levantaban anualmente en su notaría, encontraba en el notario de Soulanges un adicto compadre. Este pirata podía saber también, por el contrato de préstamo, la suma á que ascendían los intereses ilegales, al cual asistía también la mujer del que recibía el dinero, si este era casado. El aldeano, maravillado con no tener que pagar más que el cinco por ciento anual durante la duración de la deuda, esperaba siempre empazarse por medio de un asiduo trabajo y abonando el terreno, lo cual contribuía precisamente á beneficiar la prenda de Rigou.

De ahí las engañosas maravillas imaginadas por lo que los economistas imbéciles llaman la *pequeña cultura*, el resultado de una falta política, á la cual debemos el tener que llevar el dinero francés á Alemania para comprar allí caballos que el país no cría, falta que disminuirá de tal modo la producción del ganado vacuno, que la carne será bien pronto inaccesible, no sólo para el pueblo, sino también para la clase acomodada. (Véase *El cura de aldea*.)

Entre Conches y la Ville-aux-Fayes existía una infinidad de gente cuyo sudor se llevaba Rigou, á quien todos respetaban, mientras que el trabajo espléndidamente pagado por el general, único que derramaba dinero en el país, le valía las maldiciones y el odio declarado á los ricos. ¿No serían inexplicables tales hechos si no hubiésemos dirigido una mirada á la mediocracia? Fourchón tenía razón, los burgueses reemplazaban á los señores. Estos pequeños propietarios, cuyo tiempo está representado por Piernacorta, eran los esclavos del Tiberio del valle del Avonne, del mismo modo que en París, los industriales sin dinero son los aldeanos de la alta banca.

Soudry seguía el ejemplo de Rigou desde Soulanges hasta cinco lenguas más allá de la Ville-aux-Fayes. Estos dos usureros se habían repartido el concejo.

Gaubertin, cuya rapacidad se ejercía en una esfera superior, no sólo no hacía la competencia á sus asociados, sino

que impedía á los capitales de la Ville-aux-Fayes el que tomasen aquel fructuoso camino. Ahora ya se puede comprender la influencia que tenía en las elecciones este triunvirato Rigou, Soudry y Gaubertin, con electores cuya fortuna dependía de su mansedumbre.

Odio, inteligencia y fortuna, tal era el terrible triángulo con que se explicaba el enemigo más próximo de los Aigues, el vigilante del general, en relación constante con sesenta ú ochenta pequeños propietarios, parientes ó aliados de los aldeanos, y que le temían como se teme á un acreedor.

Rigou se sobreponía á Tonsard; el uno vivía de robos en especies, el otro engordaba con rapiñas legales. Ambos gustaban de la buena vida; eran la misma naturaleza bajo dos especies, la una natural, la otra aguzada por la educación del claustro.

Cuando Vaudoyer dejó la taberna de la Grande-I-Verde para consultar al antiguo alcalde, serían próximamente las cuatro. A esta hora comía Rigou.

Como hubiese encontrado cerrada la puerta. Vaudoyer miró hacia las ventanas, gritando:

—Señor Rigou, soy yo, Vaudoyer...

Juan salió por la puerta cochera, é hizo entrar á Vaudoyer un instante después, diciéndole:

—Ven al jardín; el señor tiene visita.

Esta visita era Sibilet, que, bajo el pretexto de entenderse respecto al fallo que acababa de notificarle Brunet, hablaba con Rigou de otra cosa. Había encontrado al usurero á los postres.

Sobre una mesa cuadrada, cubierta con un blanco mantel, pues poco preocupado con que su mujer y Anita tuviesen ó no mucho trabajo, Rigou quería que se lo cambiasen todos los días, el administrador vió que traían una fuente de peras, albaricoques, melocotones, higos, almendras y con profusión todas las frutas propias de la estación, servidas en platos de porcelana blanca y sobre hojas de viña, casi con tanto esmero como en los Aigues.

Al ver á Sibilet, mandó que cerrasen todas las puertas, tanto para evitar el frío, como para ahogar los sonidos, y le preguntó qué clase de asunto había tan apremiante para que fuese á verle de día, cuando podían conferenciar tan seguramente durante la noche.

—Es que el Tapicero ha hablado de ir á París á ver al

ministro de Justicia; es capaz de perjudicaros mucho pudiendo la destitución de vuestro yerno, de los jueces de la Ville-aux-Fayes y del presidente, sobre todo cuando vea el fallo que acaban de emitir en vuestro favor. Se encabrita, es astuto, tiene en el abate Brossette un consejero capaz de habérselas con vos y con Gaubertin... Los curas son poderosos. El señor abispo ama mucho al abate Brossette. La señora condesa habló ayer de ir á ver á su primo el prefecto, el conde de Casterán, con motivo de Nicolás. Michaud empieza á comprender nuestro juego.

—¿Tienes miedo? dijo el usurero con mucha dulzura y dirigiendo á Sibilet una mirada que la sospecha hizo menos tierna que de ordinario y que fué terrible. ¿Estás calculando acaso si te sería preferible ponerte de parte del conde de Montcornet?

—Cuando se repartan los Aigués no sé cómo voy á arreglarme yo para sacar cuatro mil francos al año honradamente, como estoy sacando hace cinco años, respondió crudamente Sibilet. Hace ya tiempo que el señor Gaubertin me hizo las más hermosas promesas; pero la crisis se aproxima, la batalla va á librarse, y el prometer y el dar son dos cosas distintas después de la victoria.

—Ya le hablaré, respondió Rigou tranquilamente. Entretanto he aquí lo que yo respondería si eso me importase: «Hace cinco años que le estás llevando al señor Rigou cuatro mil francos al año, y ese buen hombre te da el siete y medio por ciento de interés, lo cual constituye en este momento un total de veintisiete mil francos, á causa de la acumulación de los intereses; pero como existe entre ti y Rigou una doble acta privada y firmada, el administrador de los Aigués sería despedido el día en que el abate Brossette le presentase esa acta al Tapicero, sobre todo, después de una carta anónima que le instruiría de tu doble papel. Más te vale, por lo tanto, estar con nosotros, sin pedir nada anticipado, tanto más por cuanto que Rigou, que no está obligado legalmente á pagarte el siete y medio por ciento y los intereses de los intereses, te opondría dificultades para entregarte tus veinte mil francos; y, antes de que lograses percibir tu dinero, el pleito, prolongado con mil ardidés, sería juzgado por el tribunal de la Ville-aux-Fayes. Conduciéndote como es debido, cuando el señor Rigou sea propietario de tu pabellón de los Aigués, podrás continuar en él con los

treinta mil francos y treinta mil más que te confiaría Rigou, lo cual sería tanto más ventajoso por cuanto que los aldeanos se arrojarán sobre las tierras de los Aigués, divididas en pequeños lotes, como la miseria sobre el mundo.» Esto es lo que podría contestarte Gaubertin; pero yo no tengo nada que responderte, eso no me importa... Gaubertin y yo tenemos quejas de ese hijo del pueblo que golpea á su padre, y tenemos una idea común. Si el amigo Gaubertin necesita de ti, yo no necesito de nadie, pues todo el mundo me es adicto. Respecto al ministro de Justicia, ya sabes que cambia con frecuencia, mientras que nosotros siempre estamos aquí.

—En fin, veo que estáis prevenido, respondió Sibilet, que se sintió golpeado como un asno.

—¿Prevenido de qué? preguntó astutamente Rigou.

—Para lo que va á hacer el Tapicero, respondió humildemente el administrador.

—¡Que vaya! Si los Montcornet no gastasen ruedas, ¿qué sería de los fabricantes de coches?

—Esta noche á las once os traeré mil escudos... dijo Sibilet; pero tendréis que cederme alguna de las hipotecas que hayan llegado á su término... Alguna que pudiera valerme algunos buenos lotes de tierra.

—Tengo la de Piernacorta, y quiero perseguirle judicialmente porque es el mejor tirador del departamento; trasasándote á ti la hipoteca, parecerá que le atacas por cuenta del Tapicero, y de ese modo mataré dos pájaros de un tiro; será capaz de cualquier cosa cuando se vea más miserable que Fourchon. Piernacorta se ha reventado en la Bachelería, ha abonado muy bien el terreno y ha puesto espaldares en toda la cerca de la huerta. Esta pequeña propiedad vale cuatro mil francos, el conde te los daría por tres fanegas solamente. Si Piernacorta no fuese un borracho, hubiese podido pagar los intereses nada más que con la caza que se coge.

—Pues bien, transportadme esa deuda y yo haré un bonito negocio, y la casa y la huerta no me costarán nada, pues el conde comprará las tres fanegas.

—Y ¿qué parte me darás á mí?

—¡Dios mío! ¡vos seriais capaz de ordeñar á un buey! exclamó Sibilet. Y yo que acabo de arrancarle al Tapicero la orden de reglamentar el espigueo con arreglo á la ley...

—¿Has obtenido eso, hijo mío? dijo Rigou, que varios días antes había sugerido la idea de esas vejaciones á Sibilet, diciéndole que se las aconsejase al general. Ya le tenemos, está perdido; pero no basta tenerle por un lado, es preciso atarle como si fuese una planta de tabaco. Descorre los cerrojos, hijo mío; dile á mi mujer que me traiga el café y los licores, y ordénale á Juan que enganche. Voy á Soulanges. ¡Hasta la noche! Buenos días, Vaudoyer, dijo el antiguo alcalde viendo entrar á su antiguo guarda campestre, y bien, ¿qué hay?...

Vaudoyer le contó todo lo que acababa de pasar en la taberna, y le pidió su parecer sobre la legalidad de los proyectos meditados por el general.

—Tiene perfecto derecho á ello, replicó sencillamente Rigou. Tenemos en él un ingrato señor; el abate Brosette es un maligno; vuestro cura es el que le sugiere todas estas medidas porque no vais á misa, ¡hato de herejes! Mirad como voy yo. ¡Hay que tener en cuenta que existe un Dios! Lo toleráis todo, y el Tapicero seguirá adelante.

—Pues bien, ¡espigaremos! dijo Vaudoyer con aquel acento que distingue á los borgoñones.

—¿Sin certificado de indigencia? repuso el usurero. Dicen que ha ido á la prefectura á traer fuerzas á fin de haceros entrar en el buen camino.

—Espigaremos lo mismo que el año pasado, repitió Vaudoyer.

—¡Espigad!... El señor Sarcus juzgará si tenéis razón, dijo el usurero como dando á entender á los aldeanos que podían contar con la protección del juez de paz.

—¡Espigaremos por la fuerza... ó la Borgoña dejaría de ser Borgoña! dijo Vaudoyer. ¡Si los gendarmes tienen sales, nosotros tenemos hoces, y allá veremos!

A las cuatro y media, la gran puerta verde del antiguo presbiterio giró sobre sus goznes, y el caballo bayo, llevado de la brida por Juan, torció hacia la plaza. La señora Rigou y Anita miraban desde una de las ventanas la pequeña calesita de mimbre pintada de verde y con capota de cuero, en la que estaba instalado ya su amo sobre buenos cojines.

—No tardéis, señor, dijo Anita haciendo una pequeña mueca.

Toda la gente de la aldea, que sabía ya las terribles medidas que el alcalde iba á tomar, salieron á sus puertas ó

se detuvieron en su camino al ver pasar á Rigou y pensaron que iría á Soulanges para defenderles.

—Y bien, señora Piernacorta, nuestro antiguo alcalde, sin duda va á defendernos, dijo una anciana hilandera, á la que la cuestión de las denuncias interesaba mucho, pues su marido vendía haces robados en Soulanges.

—¡Dios mío! sólo de ver lo que pasa, brota la sangre de su corazón y se considera tan desgraciado como nosotros, respondió la pobre mujer que temblaba ante el solo nombre de su acreedor y que le elogiaba por miedo.

—¡Ah! no es por decir, pero bien le han maltratado. ¡Buenos días, señor Rigou, dijo la hilandera, á la que Rigou saludó lo mismo que á su deudora.

Cuando el usurero atravesó el Thune, vadeable en todo tiempo, Tonsard, que había salido de la taberna, le dijo á Rigou al encontrarle en la carretera cantonal:

—Padre Rigou, ¿ya sabéis que el Tapicero quiere que seamos sus perros?

—Ya veremos eso, respondió el usurero dándole un latigazo á su caballo.

—Ya sabrá defendernos bien, dijo Tonsard á un grupo de mujeres y de niños que le rodeaban.

—Lo mismo piensa él en vosotros que un posadero en los pollos cuando está limpiando la sartén, replicó Fourchon.

—Quítale el badajo á la campana cuando estés borracho, es decir, cállate, dijo Mosca tirando á su abuelo de la blusa y haciéndole caer al pie de un álamo. Si ese perro de monje oyese eso, ya no podrías venderle tus palabras tan caras como se las vendes.

En efecto, si Rigou corría á Soulanges, era llevado por la grave noticia que le había llevado el administrador de los Aigues, y que le pareció amenazadora para la secreta coalición de la burguesía avonesa.